

ran siempre aumentar el bulto de las comprobaciones ocurridas. El caso es que la experiencia reforzó el razonamiento y así llegué a extremos que desde mi posición actual comprendo tan erróneos como reprobables. Olfateaba —valga y conste la analogía— antes de adquirir la lotería del ciego de la misma manera que antes de decidirme a entrar a mi espectáculo; en los primeros momentos de una nueva relación social como antes de la adquisición de un traje nuevo, espiando siempre algún soplo interior que me adelantara la conveniencia o el peligro del suceso. Llegué hasta pensar me fuera factible olfatear el número del «gordo» y jugarme a él mis escasos ahorros de estudiante, si no rico, comedido...

Aquella tarde presenté un nublado espiritual parecido por su densidad y su color a aquel nubarrón plomizo que por el amplio ventanal del comedor veía rodar por el azul purísimo estremecido de pavor.

Pocas veces ha subido tan de punto mi inquietud y pocas tan negros han sido mis temores. Sin terminar bocado abandoné el comedor donde estuve ajeno a todo: a la cantidad y calidad de los platos; a las bromas y comentarios de mis camaradas, primero preocupados, luego indiferentes por costumbre ante mi «despiste»; al entremeloso y desenfadado palique de la pareja provinciana de recién casados, huéspedes ya por ocho días y objeto permanente de regocijados comentarios y picaresca atención; hasta de la mirada insinuante y la morbidez tentadora de aquella doncella coquetuela de cuyo favor habíame sido al parecer otorgado el turno.

Algo incoercible me disparó hacia mi cuarto, cerrado y hostil a todo, de punta y agresivos todos los procesos de relación de mi alma. ¡Un erizo auténtico! Quise reposar conforme a mi costumbre y conforme a ella escogí al azar uno de los libros de sobre la mesa revuelta y enciclopédica. Me salió «Dies irae», de Andreiev para acabar de confirmar mis presentimientos. Dejé de leer, cerré los ojos... Quise realizar mi frecuente ejercicio de disciplina del subconsciente, ahogando por el cuello cada idea nueva que intentara aflorar... Recordé el vuelo inquieto de los pájaros, las nubes de mosquitos, el silbido de las locomotoras, la ceniza pegada a las badilas... tantas y tantas cosas que presagian la tormenta... y me lancé a la calle. ¡Al cine, al cine! No tuve que deliberar para ello. Me parecía entonces—y no he cambiado de criterio—que el cine me produce el mismo bienestar espiritual que me produce la ducha fría. Si ésta apacigua mis nervios, a menudo desbocados y en desacuerdo, aquel apacigua mi desordenada y a ratos frenética actividad espiritual. Como llegué al cine no puedo describirlo, ni cuenta para mi propósito. Lo que sí puedo asegurar es que a las primeras escenas subió de punto la angustia de mis presentimientos, porque no era precisamente una película sentimentalona y delicuescente lo que yo necesitaba. Comencé a moverme entre inquieto y rabioso, dudando entre salir o afrontar el riesgo, y en uno de mis movimientos... ¡viví a la que dos años más tarde fué mi mujer y hoy es madre de media docena de angelitos que llevan mi sangre!.....

Desde entonces utilizo menos las aletas de mi olfato interior y espiritual.

SANTOS SÁNCHEZ-MARÍN.

YO SOY EL OTOÑO

Se había llamado su abuelo Juan Sánchez, su padre Juansánchez y él, Juánchez. Había jugado el pueblo con el nombre de los suyos estirándolo, aflojándolo, comprimiéndolo como si fuese un acordeón.

Juánchez marchó siendo un mozo de 19 años a tierras lejanas. Todos ponían en duda donde estuvo. La verdad era que había recorrido medio mundo y casi toda la Patria. Cuando regresó al pueblo tenía más de cincuenta años. Había traído mucho equipaje que poco a poco fué reduciéndolo en una alacena, único sitio que se reservó de su casa arrendada a dos familias igualmente sucias, holgazanas y miserables.

—Juánchez, mala costumbre trajiste, le decían.

—Pero encontré la caja,—contestaba.

—¿De quién era?

—¡Mía...!

—¿Que tenía esa dichosa caja...?

—Le faltaba yo... y tenía el ángel mío.

—¡Ay Juánchez, tu ángel... ¿Cómo tiene las alas?

Y se iban riendo mientras la cara de Juánchez se llenaba de arrugas grandes que le daban cierto profundo dolor de monte seco y estéril. Cuando lejos veía a todos, cuando sabía que nadie podía oírle, se rezaba:

—En mis ojos. En mis ojos tengo la caja..., siempre en mis ojos. Para nido de mis ojos...

Desde el día que regresó al pueblo, Juánchez no había hecho otra cosa que beber. Era un borracho de plaza amplia, en las noches de niebla. En esas noches novembrinas en que el cielo hecho escarcha deshacíase en polvo que borraba caminos. Entonces le gustaba agarrarse a la farola central, se apoyaba en ella, la celebraba. Después comenzaba sus discursos, primero para sí, despacio, secreto, íntimo; luego iba creciéndose, como una sombra, como un llanto de perro, como una última despedida; y alzaba la voz ante la muchedumbre soñada a quien confiarle todo, para que con él doliese su dolor. Hablaba de una tierra lejana y caliente donde robó una caja que tenía su tesoro, una noche de otoño que muerta golondrina parecía. Una noche en la que todas las sombras se juntaron en concilio de nubes y murciélagos. Una noche de escultura...

—Juánchez, cállate!... Te pones hecho un loco... Estás demasiado borracho. ¡Márchate a casa!... ¡Pronto... Anda...!—le decía el sereno empujándole los hombros.

Y allá iba Juánchez con su cabeza vacía, los oídos llenos de soledades lejanas, con sus piernas de innumerables rodillas por las calles, como fondo de mar vaciado y desértico.

Llegaba Juánchez a casa cuando se notaba el filo de la navaja de la aurora y en el campo las copas de los árboles presentían la luz. Entraba en su alacena arrastrándose. Parecía más una fiera que un ser humano. El mismo lo decía: «algo de mono tengo cuando entro y algo de serpiente cuando busco el bálago para acostarme. La serpiente se come al mono». Por las mañanas, al

pasar al estado de hombre, al salir de su covacha, volvía a repetirse: «Por fin el hombre se comió la serpiente».

Sus vecinos esperaban su salida—quizás la no salida de tanto pensar: «el día menos pensado lo encontramos muerto»—impacientes. Eran chiquillos descalzos y harapientos, entre una bizca graciosa de unos dieciocho años mal cumplidos y dos mujeres: una de ojos de perdiz y pasos largos; otra de cabellos de azafrán encerrada en una piel amplia y negra, de boca húmeda y fría, orejas agudas, frente horizontal y ojos negros y hundidos.

—Siéntese, señor Juánchez, y cuéntenos algo—le decían.

Algunas veces Juánchez hablaba para sí ante aquel auditorio que esforzándose en comprenderlo, ávido de su tragedia, intentaba escucharle.

Ponía Juánchez la mirada sobre las rayas del asfalto saltado del pasillo. Iba de una raya a otra buscando continuación en todas, soñando caminos de afilador o feriante. Se revolvió envolviéndose en sí mismo, haciendo un ovillo con las líneas del asfalto hasta que encontraba el principio del hilo, el principio de su camino perdido que nunca terminaba de recorrer.

—Vosotras no me comprenderéis, será mejor callar.

Y volvía a recogerse, a enredar y desenredar las líneas que a sus ojos llevaban hiriéndoles como finos bramantes los nervios, como bisturí del tiempo para su espacio. Todos se encontraban en su silencio hasta que Juánchez, notándolos, los echaba de él y se ponía a hablar.

—Yo soy la voz del otoño. Yo soy la voz del viento agudo y de la nube gris, del árbol que se desnuda, de los rincones húmedos y abandonados, de vuestros pies descalzos, de vuestra miseria y del frío. Yo soy el corazón abandonado que no encontraréis jamás.

—Tu eres Juánchez,—le contestaban las mujeres,—borracho como tu tío y como tu padre.

—No me comprenderéis, no me comprenderéis nunca. ¡Qué tiene que ver mi padre conmigo! Mi padre, aunque vosotras digáis lo contrario, era bueno y nunca fué borracho... y nunca tuvo una hija que ver morir, como la tuve yo... Era el otoño quien hizo de Muerte cuando Dios la llamaba... Ella me dijo que Dios la llamaba... Se me quedó entre las manos. Parecía como si yo fuese el mismo otoño que desnudaba su cuerpo de la vida... Si, yo era el otoño y por eso mis besos en vez de darle calor iban enfriándola poco a poco hasta hacerla medio mármol, medio ángel. Me arrastré por el suelo, llamé a gritos y nadie me contestaba... ¡Señor, no te la lleses...!

No pudo continuar hablando; hizo esfuerzos para seguir pero no pudo. Le costaba trabajo respirar. Se agarraba la garganta, como separando una mano invisible, unos agarrotados y sarmentosos dedos que le quisieran ahogar. Una de las mujeres le zarandeaba, la otra le ofrecía un vaso de agua que Juánchez miraba con ansiedad infinita.

* * *

Murió Juánchez. Dos días de agonía sola y plácida. Dos días de un placer interior dulcísimo, según dijo en el último momento de lucidez que tuvo. Dos días íntegros y felices.

Uno de los hombres de aquellas mujeres fué el encargado de sacarle de entre el bálago y las mantas. Pero... ¡ah!

—¡Mujer, ven!

Y la mujer llegó y miró asombrada y loca lo que su marido le indicaba.

—Lo tenía entre sus brazos,—le decía él señalándole un esqueleto vestido con un traje, de niña, blanco.

—Y, mira allí.

En un rincón tapado con una manta de viaje las tablas de un féretro.

—Daremos cuenta a la justicia.

—No, espera. En esta chaqueta hay muchos papeles y quizás dinero.

Había dinero, no mucho, pero si lo suficiente para levantar la codicia del matrimonio.

—Todo se arregla, verás. Que venga un médico a certificar y después... Pero primero llama a la chica que lea estos papeles.

—Son versos, padre, muchos versos... Y esto es una carta... dice: «El esqueleto es de mi hija y deseo que sea depositado en mi misma caja cuando yo muera... Una noche de otoño...»

—No sigas, ya la leerás después... Ahora vamos, recoger todo.

Habían llegado los demás vecinos a ver a Juánchez muerto y cuyas facciones estaban dulcificadas por un gusto de muerte donde la mirada se complacía y lastimaba a la vez.

—No se nota nada, ¿verdad?, le había dicho el vecino encargado de amortajarle y meterle en la caja.

—Nada, hombre... ¿Lo liaste en la manta?

—Sí, está, además, debajo.

* * *

—¡Trae una de esa tablas, hija, que hace frío.

—Si, madre, hace frío.. Yo siempre tengo frío cuando me pongo este traje blanco... Además, madre, estas tablas, que no se terminan nunca, no calientan. Todo tiene el frío de la muerte.

—Calla, chica, tu estás tonta.

—Madre el señor Juánchez.....

—¡Mira, no me hables del señor Juánchez!... Y quítate pronto ese traje que lo vamos a quemar... Y trae, también, todos los papeles que recojiste... las tablas... Todo lo vamos a quemar, todo.

—Sí, madre, que esta noche hace mucho frío. No en balde es hoy el primer día de otoño.

JESÚS DELGADO VALHONDO.